

1. Memin Pingüín, una introducción a la problemática de los negros en la arqueología mexicana

Emiliano Gallaga Murrieta (Centro INAH Chiapas)

M*i negro! Oye mi negra! Mi negra chula! Oye, Negro José. Trabajar como negro para vivir como blanco. Me las vi negras. Negrito sandía.* Éstas, son sólo algunas expresiones de origen popular que se escuchan en el México de hoy. A pesar de que no existe una cifra aceptada entre los investigadores del tema, se estima que durante la Colonia entraron a la Nueva España entre 250 y 500 mil negros (Mondragón, 1999; Palmer, 1970, 1976, 2005). Pero cuando uno mira a su alrededor se pregunta... ¿Dónde están? ¿dónde están los negros en México? Al ver la gente pasar, uno identifica los rasgos indígenas o europeos, percibe una gran diversidad de tonalidades de piel, desde blancos hasta moreno oscuro, pero muy pocas veces uno distingue ese tono de piel o apariencia física que distingue a las comunidades africanas. De vez en cuando uno puede percibir algunas características físicas de estos grupos, como es una nariz, los labios, el pelo, o la musculatura, e incluso a algún representante de este grupo étnico. Sin embargo, difícilmente se llega a notar a este grupo humano en nuestro país, salvo en contadas comunidades, principalmente en los estados costeros de Veracruz, Guerrero, y Oaxaca. De manera coloquial se dice que: *a los negros... se los comieron los indios.*

Comúnmente, los mexicanos estamos acostumbrados a identificar los fenotipos europeos por un lado o indígenas por el otro, pero no sólo en lo físico sino también en lo cultural. Oficialmente, el estado mexicano se ha caracterizado por presentar y enfatizar un México multicultural y multiétnico, pero sólomente de manera bi-racial entre los diferentes grupos indígenas y sus contrapartes europeos. Este contexto no es más que la visión de los vencidos o la visión de los vencedores y el del pasado glorioso prehispánico, pero marginado y derrotado al fin y al cabo. Sin embargo, otros grupos minoritarios como los negros y asiáticos, no han tenido cabida en la historia oficial. No ha sido sino hasta tiempos muy recientes y de manera muy marginal y regionalizada que estos grupos minoritarios, principalmente los de descendencia africana, han cobrado cierta importancia en el escenario político, social y cultural del país bajo el argumento de que estos grupos forman parte de la tercera raíz de la mexicanidad (figura 1.1). Argumento que no se puede negar.



Figura 1.1: Los negros en el imaginario mexicano. *Memín Pinguín* comic Mexicano.

Durante la Colonia y debido a un complicado sistema de castas, los grupos de negros estaban plenamente identificados y localizados. Estos contaban con obligaciones y limitaciones sociales, políticas y económicas, pero estaban presentes dentro de la estructura social novohispana. Sin embargo, estas comunidades negras, africanas, o afromexicanas desaparecieron del escenario histórico-social después de la lucha independentista de 1810-1820, cuando de un plumazo se abolió, no sólo la esclavitud sino las castas o razas. De esta manera todos pasamos a ser mexicanos, aunque sólomente de manera oficial. El cese de la migración, tanto legal como ilegal de negros después de la independencia, a un incremento y recuperación de la población indígena en el país, y de una constante integración de los grupos negros entre las comunidades indígenas, propició que este grupo étnico sea casi desapercibido físicamente en el grueso de la población mexicana. Situación muy diferente con la de otros países latinoamericanos y del Caribe, donde la población negra vino a suplantar a las poblaciones locales indígenas y donde hoy en día su presencia física y material forma parte de la cultura nacional de sus países.

En la actualidad y en términos legales, el vocablo negro no puede ser utilizado en México para distinguir a una persona por ser considerado discriminante y el término afromexicano (siguiendo la contraparte americana del *afroamerican*) sólo está comenzando a aceptarse culturalmente más no para fines legales. Por consiguiente, los censos de población que tienen como uno de sus objetivos la identificación de la composición social del país no reflejan la presencia de este núcleo de población. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), establece que sólo pueden identificar a los distintos grupos étnicos que conforman el crisol del país mediante la pregunta de si hablan o no alguna lengua distinta al español por considerarlo como un elemento cultural de identidad “robusto” como sucede con los grupos indígenas. Sin embargo, no pueden llegar a identificar a los distintos miembros culturales del país mediante preguntas encaminadas a establecer si ellos mismos se consideran perteneciente a algún otro grupo étnico además de

ser mexicanos. Los negros o afroamericanos al no contar con una lengua propia que los caracterice, no pueden ser identificados como tal y mucho menos ser censados (figura 1.2). Este reconocimiento legal es una batalla que apenas ha comenzado a darse dentro y fuera de las comunidades afroamericanas.

Miércoles 8 de Junio del 2005 : REFORMA : CULTURA 3C

Ignora México datos de su población negra

Argumenta el INEGI que no capta información por raza, por ser discriminante

POR LAURA CASTELLANOS

En México no existen datos oficiales acerca del número de afrodescendientes. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) ha ne-

la: "(4) El INEGI no capta información de razas. (5) La connotación de raza está asociada a la discriminación".

En los dos últimos puntos se afirma —sin precisar— que por sus características culturales, ideológicas y políticas, no puede captarse información de las poblaciones afroamericanas porque no están identificadas como etnia, a diferencia de los grupos indígenas que poseen una lengua propia, a la que consideran como un elemento de identidad "robusto".

"La población afroamericana no habla una lengua específica que la identifique como tal", dice el texto.

Figura 1.2: Declaraciones del INEGI con respecto a los grupos afroamericanos (Periódico Reforma: Cultura 3C, 8/6/2005).

Con excepción del estado de Oaxaca en que la constitución política local reconoce a la etnia negra junto con los otros 16 pueblos indígenas, el resto del país carece de mecanismos para censar a este grupo cultural. Por esto, el gobierno mexicano no cuenta con cifras oficiales acerca de su población afroamericana o afrodescendiente. De manera extraoficial se calcula que en la actualidad en el país existen entre 50 y 100 mil afroamericanos o descendientes de grupos africanos (Aguirre Beltrán, 1972; Martínez Montiel, 1994; Velásquez y Correa, 2005; Vinson III y Vaughn, 2004), cifra relativamente pequeña si se considera la población total de México, un poco más de

100 millones, y el número de negros que migraron al país, principalmente de manera obligatoria, durante el periodo Colonial, cerca de 500 mil (Mondragón, 1999; Palmer, 1970, 1976, 2005). Salvo esporádicos grupos de negros fugitivos provenientes del sur esclavista americano en el siglo XIX, la migración masiva de origen africano en México terminó de golpe después de la Independencia de México.

No ha sido sino hasta en las últimas décadas que ha comenzado a surgir una creciente preocupación por desentrañar, entender, y valorar a lo que se ha considerado como la tercera raíz de la mexicanidad, no sólo por parte de investigadores sino por aquellos considerados afrodecendientes o afromexicanos. Como ejemplo tenemos el caso oaxaqueño, donde después de la Primera Reunión de Pueblos Negros de la Costa Chica celebrada en la década de 1990 se logro incluir a este grupo dentro de la constitución política del estado. Esta iniciativa fue llevada a cabo por el sacerdote Glyn Jemmott de la comunidad de El Ciruelo, Oaxaca. El padre, originario de Trinidad y Tobago y promotor de la Fundación México Negro, considera que es necesario este reconocimiento para darle el justo lugar a este grupo étnico que ayudó a forjar las bases del México de hoy. Para este efecto, la antropología mexicana tiene un gran compromiso histórico-social en los tiempos por venir.

A diferencia de muchos países, las actividades, objetivos, y recursos del quehacer antropológico en México, dependen y están ligados casi en su totalidad al estado mexicano. Instituciones post-revolucionarias, como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y el Instituto Nacional Indigenista (INI) (ahora Coordinación Nacional de Asuntos Indígenas), surgieron para estudiar el patrimonio cultural tanto material como humano con el que contaba el país, para formar una identidad nacional que unificara a un país fragmentado por una cruenta revolución. De esta manera, los objetivos de la antropología mexicana se han enfocado en su gran mayoría al estudio e investigaciones indígenas, históricas, o del México contemporáneo en general, de los indígenas y europeos, pero no de las comunidades afromexicanas o de otras minorías como las asiáticas (Bonfil Batalla, 1970; Noalasco, 1970; Palmer, 2005; Velásquez y Correa, 2005).

Las primeras investigaciones históricas sobre los grupos afroamericanos comenzaron en la década de 1950 a cargo del antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán. Desafortunadamente tuvieron que pasar cerca de 40 años para que su trabajo rindiera frutos. En 1989 se funda el Programa Nuestra Tercera Raíz por parte del antropólogo Guillermo Bonfil Batalla que se encarga de investigar y difundir las investigaciones sobre estas comunidades. Más recientemente en 1997 se crea en la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del INAH, el seminario “Población de origen africano en México” bajo la dirección de las antropólogas María Elisa Velásquez y Ethel Correa, que lleva ocho años juntando a investigadores afines al tema y poniendo en su justa dimensión a la investigación de los negros en México (para saber más leer Aguirre Beltrán, 1972; Martínez Montiel, 1994; Velásquez y Correa, 2005; Vinson III y Vaughn, 2004). De forma paralela, pero desde otras trincheras, en Oaxaca se ha llevado a cabo desde 1996 la reunión anual de los Pueblos Negros de la Costa Chica con grandes logros políticos y culturales para este grupo étnico en la región. Este ímpetu también ha logrado establecer al mes de febrero como el mes de la Herencia Negra y el Festival del Tambor y la Cultura Africana en donde se realizan varias actividades culturales al respecto en varias partes de la república.

En la actualidad, las investigaciones antropológicas afroamericanas han comenzado a surgir en distintos centros de investigación en el país, aunque éstas siguen siendo una minoría y percibidas como fuera de las líneas de investigación tradicionales (Velásquez y Correa, 2005). El historiador Colin Palmer (2005) considera que por el número y el conocimiento de investigaciones sobre este tema en otras partes del mundo, como el Caribe, Sudamérica, o los Estados Unidos de Norteamérica, México se encuentra en un periodo inicial o en la “infancia” en lo que a investigaciones afroamericanas se refiere. Sin embargo, estas investigaciones no empiezan o no deberían empezar de cero o ser *tabula rasa*. Experiencias previas, banco de datos, archivos, publicaciones y proyectos realizados en otros países, nos proveen de marcos metodológicos y teóricos, que una vez adaptados a las condiciones y realidades mexicanas, nos ayudan

para proveer de un marco interpretativo el desarrollo y las dinámicas de las comunidades afromexicanas en México. Hago énfasis en el concepto de “dinámicas”, por que los negros no sólo desempeñaron una sino varias funciones o labores en los países o regiones en los que fueron trasladados. Estas funciones, no sólo fueron de aspecto económico, sino social, cultural y político contribuyendo al desarrollo cultural de lo que hoy conocemos como cultura mexicana.

1.1 Lo negro en la arqueología

En lo que compete a las investigaciones arqueológicas, el panorama es mucho más desolador, ya que desde el punto de vista arqueológico mexicano, los grupos negros son prácticamente desconocidos. Aunque a nivel internacional, la arqueología de periodos coloniales e históricos es ampliamente aceptada y practicada, y que en Latinoamérica es una rama de la ciencia arqueológica que poco a poco ha ganado impulso en las últimas décadas (Funari, 2003), en México no se ha consolidado como una práctica aceptada por el gremio arqueológico (Fournier, 2003; Martínez Muriel, 1988; Pérez Castro, 1990). Aún más que en la antropología, la investigación arqueológica mexicana se ha concentrado en los periodos prehispánicos o contextos indígenas (Gasco *et al.*, 1997; Fournier, 2003). Aunque las primeras investigaciones coloniales o históricas comienzan en la década de 1930 con Eduardo Noguera, uno de los pioneros de la arqueología mexicana, no es sino hasta mediados de la década de 1960 que la arqueología colonial/histórica conquista un pequeño nicho en el quehacer arqueológico nacional (Fournier, 2003; Martínez Muriel, 1988; Pérez Castro, 1990).

De manera general, Fournier (2003) establece que los proyectos de arqueología histórica en México se dividen principalmente en dos: 1) los salvamentos/rescates que son más por accidente que por diseño, y 2) los de rescate arquitectónico de edificios coloniales/históricos. Sin embargo, estos proyectos se concentran en su mayoría en la investi-

gación del pasado histórico como un medio para interpretar contextos prehispánicos o como parte de proyectos arquitectónicos de restauración y mantenimiento de edificios pero sin llegar a un verdadero análisis interpretativo de los materiales o de los contextos arqueológicos que contribuyan a entender el desarrollo cultural de los distintos sectores sociales de la Colonia (Fernández y Gómez, 1998; Founier y Miranda, 1992; Gasco *et al.*, 1997). En sí, muy pocas son las investigaciones que serían catalogadas internacionalmente como proyectos de arqueología histórica, con marcos metodológicos y teóricos para responder a problemas de investigación histórica (Gasco *et al.*, 1997; Fournier, 2003). En este sentido es generalizado, entre los arqueólogos, considerar que los periodos posteriores a la llegada de los españoles corresponde a otros estudiarlos, como son etnohistoriadores e historiadores. Como resultado, se realizan pocas investigaciones del periodo y contextos coloniales en México en contraste con el gran número de proyectos de carácter prehispánico. Podríamos establecer que existe una relación de 1 a 100. Por otro lado, a la poca investigación que se realiza sobre temas históricos, se le da muy poca difusión. Situación que contribuye a su lento desarrollo.

Aunado a este vacío del conocimiento arqueológico, en lo que a investigaciones históricas se refiere, los pocos proyectos histórico-coloniales se enfocan principalmente a la relación dialéctica entre las comunidades indígenas y españolas (europeas) y descripción de materiales asociados; pero casi nada sobre los grupos africanos o negros y sus restos materiales y ya no digamos de otros grupos minoritarios como los asiáticos. En contraste con el gran avance, tanto teórico como práctico, de las investigaciones arqueológicas de afro-americanos en los Estados Unidos de Norteamérica, Latinoamérica y el Caribe, México se encuentra bastante rezagado y muchas de las investigaciones al respecto se concentran en el campo de la historia o antropología social, pero nada o poco en arqueología y sus contextos materiales (Palmer, 1970, 1976, 1993; Velásquez y Correa, 2005).

No quisiera seguir esta introducción con un futuro oscuro de las investigaciones afromexicanas, si no más bien brillante (véase Figu-

ra 1.3). En un primer término se debe aplicar el concepto de *arqueología es antropología* y aplicar la interdisciplinaridad, no sólo incorporando datos y modelos teóricos e interpretativos de otras áreas a la investigación arqueológica, sino colaborando con historiadores, antropólogos y etnohistoriadores. Es decir, contrastar el dato histórico con los restos materiales, y en conjunto elaborar un modelo interpretativo más completo de los contextos histórico-sociales a largo plazo de este grupo social en particular.

Anthropology News • April 2006

Excavated Teeth Confirm African Slavery in Colonial Campeche

VERA TIESLER
U AUTÓNOMA DE YUCATÁN

Colonial sources document that Africans have inhabited the colonial town of Campeche on the Yucatecan Gulf Coast since at least the 16th century, when African slaves were brought in by Spanish colonizers. Recent rescue excavations beneath the central park of Campeche, Mexico, by the National Institute of Anthropology and History of Mexico provide the first physical evidence, however, of this

early African diaspora in the Yucatan peninsula, and perhaps in the New World.

This week led to the discovery of the remains of an early colonial church and an associated multi-ethnic burial ground. The graveyard was in use from the mid-16th to the end of the 17th century, as documented by historical sources, maps of the early colonial town and a pre-AD 1650 mastalión.

During the ongoing study of the excavated remains, conducted at the Autonomous University



Three individuals excavated in a Catholic burial in Campeche had tooth filing and decorated chiseling in their permanent teeth characteristic of West African traditions. Photo courtesy of Vera Tiesler

Figura 1.3: Evidencia física de la presencia de negros en Campeche (Anthropology: News, Abril 2006)

Tenemos el caso de las investigaciones arqueológicas de contextos esclavistas en los Estados Unidos de Norteamérica, que han reflejado una imagen material muy distinta a la que se pensaba tenían los esclavos negros en ese país para el periodo histórico. Estas investigaciones establecen que los negros contaban con mayores libertades y de un mayor poder de decisión (*agency*) sobre su vida y actividades cotidianas que las expresadas o descritas en las crónicas históricas. Por citar algunos ejemplos contamos con: su forma de

vestir, los adornos de estos que eran adquiridos mediante comercio formal, informal, o de regateo; diferencias en prácticas alimenticias debido a patrones culturales, condiciones socio-económicas, o suplementada con caza-recolección; prácticas rituales o religiosas diferentes a la de la cultura dominante de manera abierta o clandestina; y/o distribución y uso del espacio distinto a la concepción de los amos o de la cultura dominante. De igual forma, esta evidencia material muestra una constante lucha interna por conservar y preservar una identidad cultural, muchas veces expresada clandestinamente y re-descubierta mediante la investigación arqueológica (Allison, 1999; Malakoff, 2004; Yelvington, 2006).

Algunos de estos contextos materiales identificados arqueológicamente, pero poco o nada mencionados en las crónicas, son pequeños caches¹ y altares localizados en esquinas o debajo de escaleras. Tanto la presencia de estos elementos como su distribución geográfica y la de los objetos, se han establecido como un patrón material común asociado a esclavos negros en edificios históricos del este de los Estados Unidos de Norteamérica (Allison, 1999; Malakoff, 2004). Estos caches están formados por pequeñas concentraciones de artefactos como cuentas, fragmentos trabajados de cerámica, monedas (algunas partidas a la mitad), fragmentos de metal, conchas marinas y en ocasiones figurillas de cerámica, mientras que los altares son un poco más elaborados, como son platos completos o semi-completos boca abajo uno adentro de otro y sobre éstos otros platos pero boca arriba. Muy posiblemente, contextos materiales similares han sido localizados en excavaciones históricas en México, pero debido al desconocimiento de estos, no han sido identificados, descritos e interpretados como lo que realmente son: expresiones materiales de un grupo étnico que se negó a pasar desapercibido. Fortaleciendo estas interpretaciones, se cuenta con investigaciones etnoarqueológicas y antropológicas en comunidades actuales de África del Oeste, donde se han identificado caches y altares similares a los descritos

¹ Caches: concentración de materiales que guardan un simbolismo particular para el (los) depositante(s) y depositados de manera ritual.

en el este de los Estados Unidos de Norteamérica, denominados *Nkisi* (del plural *Minkisi*) asociados con creencias y actividades espirituales y de buena suerte (Lane, 2005; Malakoff, 2004:40-41; Stahl, 2005).

Aplicando la experiencia acumulada de contextos históricos similares en otras partes del planeta, la arqueología mexicana puede contribuir al desarrollo de problemas de investigación arqueológica regional (entiéndase Caribe o Latinoamérica) a partir de los datos y conocimientos generados a nivel local (México) (Gallaga y Newell, 2006; Stahl, 2005; Yelvington, 2006). Entre los problemas de investigación podemos mencionar: el poder identificar grupos étnicos específicos como Bantú, Carabali, o Mandé en el contexto material, sólo por mencionar a algunos grupos y alejarnos de la denominación genérica de “grupos de origen africano”; continuar pero no hacer exclusiva la investigación a temas de opresión y esclavitud e incorporar el de manifestaciones materiales de procesos de identidad cultural, etnicidad, resistencia, espiritualidad, género, y posición social; la conservación y el análisis de materiales óseos para análisis genéticos, de ADN, e identificación de características físicas y dentales que permitan reconocer grupos étnicos y patrones culturales; y la elaboración de catálogos de materiales arqueológicos relacionados con estos grupos para facilitar su identificación, análisis e investigación.

Es importante mencionar que la arqueología no sólo tiene como objetivo la investigación, difusión y preservación del patrimonio cultural de las sociedades del pasado, sino cuenta también con un compromiso social con y para con las comunidades en las que se desarrolla en el presente. Las interpretaciones del pasado afectan directa o indirectamente la formación de la identidad en el presente y de cómo el dato científico puede ser utilizado dentro de las agendas políticas y sociales de las comunidades que buscamos estudiar. Por lo cual es importante cuidar la presentación de la información generada, en este caso en particular la de los afrodescendientes o afromexicanos.

1.2 Las contribuciones

En la presente compilación contribuyen varios investigadores que han trabajado el tema de las comunidades negras. Una primera sección engloba aquellos artículos que han realizado investigaciones de documentos coloniales y que vierten valiosa información para la identificación de esta comunidad en los contextos materiales arqueológicos. Como es el caso de la maestra Lourdes Mondragón que sintetiza los pormenores relativos a la regulación comercial, impuestos, derechos, contrabando, introducción, características de venta y precios que tuvieron los negros en base en su edad, lugar de procedencia y actividad económica en la Nueva España durante el periodo colonial. Esta base de datos puede ser usada para tener una mejor idea tanto del físico, como de la procedencia de los individuos que migraron al país y que pueden ser localizados en contextos arqueológicos. Si sabemos el lugar de procedencia será posible obtener información como patrones culturales y materiales que nos permitan compararlos con materiales y contextos de excavación. En la siguiente contribución, el etnólogo Brizuela nos brinda un breve esbozo de sus investigaciones realizadas en los archivos parroquiales de la región de Papantla, Veracruz. Aunque éste es un trabajo más histórico que arqueológico, es presentado para mostrar la riqueza aún existente en los archivos y documentos coloniales del país que no se han explotado en su totalidad, y que presentan un contexto histórico que puede llegar a ser contrastado mediante la investigación arqueológica.

Los arqueólogos Alfredo Feria y América Malbrán exponen sus puntos de vista con respecto a las investigaciones sobre negros en los contextos arqueológicos y posibles contextos materiales en donde identificarlos. Sobretudo compartiendo la experiencia de proyectos de este tipo realizados en Sudamérica. Como ya habíamos mencionado anteriormente, la arqueología colonial y de comunidades negras en particular en México, no tiene por que empezar de cero. De esta manera, Feria y Malbrán presentan como ha sido identificada mate-

rialmente la presencia negra en contextos arqueológicos en la Argentina y que bien pueden localizarse contextos similares en México.

La segunda sección del libro esta conformada por algunas de las pocas investigaciones que han trabajado contextos arqueológicos en México y en los que se ha identificado población negra en los últimos años. Complicados para excavar pero sumamente interesantes y ricos en información, los cementerios y entierros son un manjar para los arqueólogos, haciendonos salivar como al perro de Pavlov. De tres trabajos recopilados, los tres están basados en material de cementerios o enterramientos. En primer término tenemos la investigación de Tiesler y Zabala, que presenta la información obtenida de la excavación de un cementerio en el casco antiguo de la ciudad de Campeche y el análisis de los restos humanos localizados. Los cuales, permitieron la identificación de individuos de procedencia africana. Cabe resaltar el uso de la interdisciplinariedad en la investigación, en la que se conjugó información arqueológica, histórica, antropológica, y de antropología física, para poder darle una mejor interpretación a los contextos. Así como el uso de información previa de contextos similares en el Caribe, para cotejar y comparar los contextos materiales campechanos y facilitar la identificación de la presencia de negros.

El trabajo presentado por Cucina y Rodríguez Pérez, es el ejemplo de un segundo nivel de investigación de las comunidades negras en el territorio nacional. Con la base de datos establecida anteriormente por las investigaciones del cementerio de la capilla antigua de la hoy ciudad de Campeche, se logran los primeros patrones acerca de salud y enfermedad de estos individuos (europeos, indígenas y negros) en la fase temprana de la Colonia. Esta base de datos es importante ya que representa uno de los primeros análisis de este tipo para las comunidades negras en México y permitirá análisis comparativos una vez que se cuenten con más muestras en el país o con las ya establecidas en el continente Americano.

Y para cerrar esta sección contamos con los primeros resultados de las investigaciones realizadas en el poblado actual de San Fe-

lipe Sultépec o *Zultépec-Tecuaque* como lo identifican los arqueólogos Martínez y Jarquín. Las excavaciones de este sitio arqueológico revelaron la evidencia de uno de los primeros sacrificios humanos celebrados con cautivos españoles y negros durante los primeros años de la conquista. La riqueza de los contextos, la información histórica, y el análisis tanto de los documentos coloniales como del material recuperado, permitió a los investigadores llegar a un grado tal de interpretación que recrean en la mente del lector ese momento histórico y la suerte corrida por los primeros negros que arribaron a este continente.

Esta selección de autores tiene como objetivo presentar las pocas investigaciones arqueológicas realizadas en México sobre este tema y las investigaciones antropológicas e históricas que contribuyen a su identificación. De igual forma se pretende mostrar que existen otras áreas de investigación en la arqueología mexicana que contribuyen al entendimiento y comprensión de la identidad nacional y su desarrollo en el tiempo aparte del periodo Prehispánico. Por lo que esta obra está dirigida a todos los investigadores en general, aunque especialmente a los arqueólogos y antropólogos que tratan temas post-contacto y Colonia en México. La divulgación de esta información no sólo será de vital importancia para el desarrollo de las investigaciones sobre la presencia negra en México, sino también para nuestros colegas americanos (de todo el continente) y Caribeños que investigan temas similares en que México ocupa un lugar importante para su comprensión. Aunque nos queda mucho por recorrer, discutir y caracterizar que es lo que define al afroamericano, tanto en el contexto arqueológico, histórico e antropológico a nivel nacional, ya se fijó un rumbo para darle su lugar a este grupo en nuestra imagen y carácter nacional.

1.3 Colofón

Para terminar les presentaré una evocación realizada por Julio Jiménez Rueda de su libro “Sor Juana Inés de la Cruz en su época” (1951), en la que describe un momento en la vida de la Décima Musa, en la que describe algunas de las actividades que fungían los negros en la sociedad novohispana y como éstas influyen en la formación literaria de la musa:

Al atardecer, poco antes de las oraciones, se entretenía la monja en conversar con la esclava que le había donado su madre y que se llamaba Juana, como ella. Le contaba hechos y cosas de la Hacienda de Panoayán. A esas horas de prima noche el ganado buscaba cobijo en los establos. No eran muchos los animales. Lo sabía bien la monja por haber llevado el registro por cuenta de su madre que no sabía leer. Podía recordar el número de las cabezas: no pasaban de treinta las yeguas de trilla, y de veinte las mulas y machos aparejadas de reata abajo y de cincuenta las ovejas de vientre. Llevaba también la cuenta de las fanegas de trigo candeal se metían en los silos y las cargas de maíz que se transportaban, para su venta a la capital.

Y los labriegos se retiraban a sus jacales y los esclavos negros se reunían junto al llar. Y las rojas llamas dibujaban figuras fantásticas en las paredes blancas de la cocina. Rodeaban a Catalina, negra de cincuenta años, Manuel, Andrés, Pedro y María la mujer de Pedro que servía en la cocina y los más jóvenes Gabriel y Jacinto y la mulata Francisca que había parido cuatro hijos: María, Beatriz, Matías y José todos en ese tiempo niños, como la madre Juana. Con ellos jugaba al regresar de la amiga con su hermana Josefa y se reía de la manera como tartajeaban la lengua. ¡El encanto de aquellos cuentos oídos de los mayores y la risa de los niños que descubría las dos ringleras de dientes apretados como maíz

de mazorca en sazón. Aún resonaba en sus oídos la música de una conga y la letra que ella aprovechó para una ensaladilla². (Jiménez Rueda, 1951:15-16).

Y como muestra, terminaré con una de esas ensaladillas en la que la cultura vocal de los negros es transmitida a través de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz:

Tumba, la, la, la tumba la, le le,
Que ya Pilico escrava no quede,
Tumba, la, le, le, tumba la, la, la,
Que ya Pilico no quede escrava,

La otra noche con mi contra
Turo sin dormi pensaba
Que no quele gente plieta
Como ella so gente branca
Tumba, la, la, la tumba la, le le.

("Sor Juana Inés de la Cruz", en *Ermilo Abréu Gómez*, 1941:552)

² Ensaladilla forma de componer donde mezclaban distintas hablas.